

## IV

### DIÁLOGO

Cervantes y yo caminamos, incansables, en pos de don Quijote. Como todo el mundo supondrá, nuestras charlas son animadísimas, matizadas siempre por una lucha de épocas. Ayer le pregunté a Cervantes si le agradaría el título de «Crítico de las hazañas de don Quijote», y me contestó, algo desabrido, que en manera alguna, que él no ha criticado a don Quijote, sino a las costumbres caballerescas. Le hice ver el fondo genial que aletea en su inmenso libro, y por curiosidad, quise que me explicara el cómo y el porqué de algunos de sus pasajes, de los que yo considero una cosa así como los puntales que sostienen lo máspreciado de la mole quijotesca. No me satisfizo su respuesta; menos aún lo que me dijo respecto a la misión del Bachiller Carrasco. Este Bachiller me parece a mí uno de los tipos más interesantes del libro, y después de don Quijote será del que la obra genial obtiene mayores rendimientos. Pero en su lugar hablaremos de Carrasco con la extensión debida. Ahora, cuando ya vislumbramos a don Quijote y a Sancho empequeñecidos y escorzados por la lejanía, inicio un nuevo diálogo:

Yo.— ¿Haces que aletee en don Quijote una moral?

Cervantes.— Aquí me parece que se estrellan vuestros esfuerzos por hacer de don Quijote una cosa única. Sí, don Quijote sigue la moral cristiana, pero, claro es, desfigurada por su locura.

—Bien. Pero don Quijote, loco, de locura quijotesca, ¿tiene una moral?

—No. Su proceder es consecuencia de una moral arbitraria; mejor dicho, de una inmoralidad.

—Luego don Quijote obra impulsado por la razón de los hechos.

—Tampoco. Don Quijote acoge los espectáculos según el reflejo que en ellos hagan sus lecturas.

—No, hombre, no. Don Quijote posee la moral de la amoralidad, que no es igual que la moral mala, y ya sabemos que sus pasos por el mundo son algo así como una siembra de procederes nuevos. Don Quijote no se da cuenta de que él no es como los demás. Se cree, sí, distinto a los hombres, pero las diferencias que admite son sólo diferencias de jerarquía. Y no es eso: Don Quijote es otra cosa que un grande hombre. Su mundo no es nuestro mundo. Y aquí están el error y el fracaso quijotesco. Su vida entre los humanos es una quimera, una fantasía, pero él posee una realidad muy poderosa en su interior, que no es aplicable, que no puede ser aplicable a nuestro mundo. Amigo Cervantes: Don Quijote predica la amoralidad, que viene a ser una moral fundada en su desconocimiento. Don Quijote se mueve en nuestro ambiente mezquino soñando. Pero es que la realidad de don Quijote, su cordura en su mundo, haría en el nuestro un efecto análogo al de unas campanas de mucho peso sobre una torre decrepita. Esa torre no podría sostener unas campanas muy flamantes.

Cervantes me oye con sonrisas, esas sonrisas tuyas tan heladas y certeras, que, unidas a su melancolía de siempre, producen en mí algún pavor. Luego me dice, casi riendo a boca llena:

—Me parece que le buscas cien pies al gato.

—No. Lo que hago es buscarle los cuatro, porque sé que los tiene. Otros no ven más que dos, o uno, o ninguno, y se conforman, seguramente porque toman por pies la cola y la cabeza del gato.

—Con esto, nos hemos olvidado de que estamos muy cerca ya de don Quijote y según mi historia pronto debe sucederle algo importante.

Miramos al camino y contemplamos la escena que forman don Quijote, Sancho y los cautivos que van a galeras. Vemos cómo habla don Quijote con los cautivos, y después de un rato, cómo pelea con sus guardianes. Al fin, éstos huyen, y los cautivos se despojan de sus cadenas y quedan libres. Luego vemos cómo los cautivos, ya libres, rodean a don Quijote y hablan con él; seguramente le dan las gracias. Pero sucede algo inaudito: Los libertados se separan de don Quijote, y no atienden a las exhortaciones que éste les hace para que vayan a postrarse ante el Gran Espíritu —Dulcinea dice el libro— ya que es a él a quien deben la libertad, pues no habría caballero andante si el Gran Espíritu no le amara y protegiera. Los cautivos consideran esta postración y este compromiso como un absurdo, y en vez de contestar con el disimulo y la fuga, la emprenden a pedradas con don Quijote.

He aquí los hombres franca y noblemente hostiles a don Quijote. Otros que no fueran ellos lo hubieran llamado loco, y aquí terminaría su hostilidad. Estos, además, lo apedrean, lo soban y muelen a golpes. Don Quijote habla después de la soez canalla que no es agradecida, y deplora momentáneamente su acción libertaria. Es de suponer, sin embargo, que don Quijote repitiera su hazaña si a los pocos minutos encontrase ocasión para ello. Los cautivos, claro es, no sabían qué era eso del Gran Espíritu. Pero don Quijote no comprende que haya nadie en el mundo que lo desconozca, y a la menor duda sobre la existencia o su grandeza única, arremete con toda la fuerza de su ímpetu. Hablé antes de Sócrates, y dije que don Quijote y él se entenderían a las mil maravillas. Más de una vez, leyendo el Quijote, me he acordado de Sócrates. Y en mis ratos de fecunda meditación, más de una vez también, me he complacido en imaginar a Sócrates en compañía de don Quijote buscando aventuras. Y como reciprocidad, he imaginado también a don Quijote librando de la cicuta al buen filósofo.

Porque el quijotismo de don Quijote no puede ser otra cosa que locura para nosotros. De este libro sólo podemos obtener abstracciones, hermosas y fecundas abstracciones, pero nada más. Ni el más ferviente quijotista querría padecer su locura. Pero quizá sea esto el fondo más significado de genialidad. Afirmo que no podrá nunca ser genial una obra de filosofía. Las obras de Kant, de Descartes o de Nietzsche no son obras geniales. Lo es, sin embargo, el Quijote, y lo es una tragedia de Shakespeare. Pero Kant, Descartes y Nietzsche serán siempre más grandes que Cervantes o Shakespeare. Yo preferiría un diálogo con Ortega y Gasset, el filósofo de nuestro tiempo, a un diálogo con el novelista o poeta más genial de la época.

Don Quijote nos muestra cosas inalcanzables. Yo leeré el Quijote siempre que tenga apetencia de algo elevado. No se deben buscar en él exactitudes precisas, porque en el caso de que existan nosotros no podemos verlas ni sentirlas. Si queremos penetrar en esas exactitudes de su intimidad caeremos en el error en que cae él al pasear por nuestro mundo. Siempre habrá tinieblas en nuestras relaciones con don Quijote. No debemos considerarlo cada uno como un *yo* superado. Los *yos* superados son grandes hombres. Y ya dije antes que don Quijote no es lo que nosotros llamamos un grande hombre. Es una cosa única, y

tratamos de su pensamiento y de su espíritu porque nos hemos percatado de su genialidad, y le hablamos con nuestras palabras más aristocráticas y distinguidas, pero reconociendo que ése su pensamiento y ése su espíritu no son los de nuestras visiones y realizaciones más profundas.

Por eso hablaba yo a Cervantes de la amoralidad de don Quijote. Con lo que no quería decir que siguiera una moral mala. Don Quijote, genuinamente quijotesco, no sabe lo que es la moral. Pero ya hemos probado que padece un error: El de no creerse único en nuestro mundo, el de obrar creyendo que trata con *semejantes*. Este error barniza a veces sus actos con una moral. No debemos creer en su existencia. Don Quijote no sabe que libertar a unos cautivos significa ir contra la moral humana. Don Quijote no sabe que la moral humana prohíbe sacar a las doncellas de los conventos cuando sus familias las metieron allí por contravenir esa misma moral. Don Quijote no sabe esto, ni quiere saberlo ni lo necesita saber. Le basta estar convencido de que los cautivos van a galeras contra su voluntad, y de que esas doncellas no están de muy buen grado en los conventos. Y voy a aprovechar la coyuntura para hablar un poco de la moral, aunque tenga que coger esa coyuntura por los cabellos como Sancho a sus refranes. La moral no resiste valoraciones muy profundas. Yo nunca le he concedido importancia ni creo que deba tenerla. Creo innecesario tener que decir que me refiero a los preceptos, códigos o exigencias morales que se le impongan a un individuo para su vida en sociedad; no a lo que dentro de todos haya de *reflexión moral* o de instinto sociable. Todo el mundo estará de acuerdo en que no existiría la moral —los preceptos morales— si los hombres tuvieran siquiera una parte mínima de tales. La moral es una filosofía a flor de piel, estéril e innecesaria. La moral tiene dos extremos que la absorben, o que deben absorberla. Un extremo es la fuerza organizada, las fuerzas de policía y saneamiento público. Me parece pueril decirle a un hombre que va contra la moral cuando comete un crimen, o cuando roba, o cuando tiene por única ley la bravuconería de su vigor físico, o cuando es promotor de injusticias, o cuando, desde un puesto público, comete toda clase de desafueros. Y me parece asimismo atrevido que en nombre de una moral se le impongan a un individuo rutas íntimas a seguir. La moral propiamente dicha es labor de policía. No imponemos la moral a los animales, mejor dicho, sí se la imponemos, pero le damos el nombre de doma, y la ejercemos por medio del látigo. El hombre es depositario de una fuerza, y nos interesa tomar posiciones para que esa fuerza no se emplee en perjuicio de un tercero. ¡Pero llamar moral a una norma del espíritu! ¡Decir moral cristiana, moral culta, moral jesuítica! ¡Llamar o decir que una moral es mejor que las demás morales! Eso no debe ser. La moral es única, y las cosas únicas necesitan ser excepcionalmente grandes para que podamos percibirlas. Porque es la discusión, es el encontronazo de fuerzas lo que eleva las figuras por obra y gracia de los choques. Los preceptos morales son cuatro reglas, ingénitas hasta en el hombre más rústico. Pero algunos grandes hombres, que se han sentido lo suficientemente orgullosos para pretender una dirección e imponerla a los demás, cometieron la desfachatez de llamarse moralistas. Son los creadores de hormigueros, de cuya influencia nos debemos librar a todo trance. Las teorías, los sistemas, las ideas, son altos refugios y hermosos salones donde el espíritu de los hombres encuentra grato solaz. Nietzsche no es un moralista: es un filósofo y un poeta. El filósofo, al crear un sistema, busca una verdad, una alta verdad que resuelva incógnitas importantes. Luego, unos hombres quieren aplicar ese sistema a sus cosas. Quieren hacer del sistema filosófico una moral, porque es ésta la única que influye en las muchedumbres.

Es necesario, dirán, que los hombres, el espíritu de los hombres, apruebe una misma visión de las cosas, tenga una misma moral en sus relaciones espirituales. Y resultan de aquí consecuencias pintorescas: Fundados en las ideas de Comte, en un país republicano los realistas pretenden restaurar la monarquía, y en un país monárquico proclamaron la república. Hay que desconfiar de todo lo que por esos mundos de Dios se llama moral. La moral no debe existir en los terrenos del espíritu. Aquí nadie tiene dominio sobre nadie, y no hay fuerzas constituidas para una moral determinada. La alta idea no tiene detrás de sí fusiles ni bayonetas; tiene como único poder de persuasión el poder de su verdad. Por eso la moral es una palabra vacua. Propia de Quijotes falsificados o de Sanchos vividores. Y por eso las religiones no podrán contar nunca entre sus adeptos a ciertos grandes hombres: una religión que es sólo una moral, es un mito muy flojo para ensartar a un grande hombre. La moral, pues, queda probado que es innecesaria. Los hombres, para la buena armonía en sus relaciones, no la necesitan. La filosofía, para existir y propagarse, tampoco necesita nada de ella. Don Quijote no sabía lo que era la moral.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Quijote\_008